

REFLEXIONES PREVIAS A UNA DIDACTICA DE LA GEOGRAFIA

Por Adolfo MAELLO

La géographie, en saisissant la réalité du monde en tant que spatiale et l'espace en tant que visage de la Terre, exprime une inquiétude fondamentale de l'homme
(ERIC DARDEL: *L'homme et la terre*, Presses Universitaires de France, Paris, 1952, pág. 124.)

Las líneas que siguen no responden, en modo alguno, al propósito de edificar una didáctica concreta de la Geografía en las escuelas primarias. Ya sé que éste es el empeño fundamental de todo intento metodológico: traducir en una técnica concreta el conjunto de principios y supuestos que constituyen el armazón conceptual de la teoría de la enseñanza.

No obstante, una técnica que ignore los postulados y las hipótesis que deben servirla de cimiento es poco más que un ciego tanteo, cuyo acierto dependerá, para quien lo realiza, de un azar que escapa por completo a sus reflexiones. De aquí la importancia que concedemos a los puntos de partida, de índole filosófica y psicológica, que deben servir de hitos orientadores en las reflexiones didácticas. Así la técnica será un menester esclarecido en vez de una actividad empírica y «aventurada».

La teoría del espacio.

La vida temporal del hombre es, por naturaleza, terrestre. El hombre fue hecho por Dios del «limo de la tierra», y en ella tiene lugar, mientras transcurre su *status viae*, la existencia terrena durante la cual acumula méritos o errores de los que dependerá su salvación o su condenación.

La existencia humana transcurre en el espacio, en el gran escenario que la superficie terrestre ofrece al despliegue de sus actividades y de sus anhelos. De aquí la importancia excepcional de una meditación sobre el espacio, que estudie su estructura y características desde diversos puntos de vista.

Ello es tanto más necesario cuanto que, desde el Renacimiento, época en que se generalizó el uso de los relojes, y especialmente durante los últimos cien años, con el nacimiento de la conciencia temporal y la que Daniel Halévy ha llamado la «aceleración de la Historia», el tiempo ha sido objeto de numerosas reflexiones, como «componente», en cierto modo, de la vida humana, en no pocas ocasiones hasta extremos

harto discutibles, desde que Heidegger escribió el libro *El ser y el tiempo*.

El espacio empieza ahora a ser objeto de análogas consideraciones, especialmente a merced del impulso existencialista. Frente a una concepción del hombre independiente de las circunstancias de tiempo y lugar, las nuevas doctrinas filosóficas elevan un concepto distinto, más modesto, diríamos, y como relativizado, en el cual los diversos condicionamientos impuestos al despliegue de sus energías suponen facilidades u obstáculos que, sin alterar, es cierto, sus características esenciales, modifican en uno u otro sentido el sesgo y las posibilidades de su vida.

Tal es la idea de «situación» cuya raíz latina alude al lugar en que se encuentra localizado el hombre, objeto ahora de la meditación filosófica. Esta noción pone sobre el tapete de la actualidad la idea del espacio, digna de ocupar la mente de los pensadores con más frecuencia y empeño que hasta ahora.

Hay espacios diversos, estaríamos tentados a decir, infinitos. En primer lugar, desde el punto de vista lógico, encontramos el *espacio geométrico*, lugar absoluto y abstracto en el que transcurren los fenómenos y adquieren espesor y concreción las modalidades de la extensión. Dentro de él, acotando la porción que a cada hombre o a cada comunidad humana le atañe de un modo directo, está el *espacio mental*, que podría llamarse también *existencial*, porque es la parte de aquel espacio mostrenco y absoluto que existe vitalmente en un momento dado cuando se trata del hombre individual; en una determinada época, cuando nos referimos a un pueblo o cultura, «situado» en un punto de la sucesión temporal histórica. En una zona intermedia está el *espacio geográfico*, constituido, en primer término, por el lugar concreto de nuestras referencias existenciales, a partir del cual el conocimiento va abriendo círculos cada vez más amplios que añaden así nuevas porciones del globo terrestre a nuestro espacio vivencial, y, finalmente, después de «construir» la unidad física del globo, sale de él en busca de nuevos objetivos mentales capaces de integrar los «mundos» conocidos en un «universo».

Ambitos y confines.

Llamamos ámbito a la porción de espacio en que el hombre despliega sus actividades físicas o mentales, reales o imaginarias. Así, hay un *ámbito cotidiano*, integrado por nuestros lugares o espacios de residencia, de trabajo y de recreo; un *ámbito de ilusión y emprendimiento*, constituido por los lugares que frecuentamos de raro en raro o que quisiéramos visitar. Proctorizo con él, alargando ilimitadamente sus perfiles, se encuentra el *ámbito de ensueño*, en cuya etérea geografía nuestra imaginación dibuja mares y continentes inmatrimiales, en los cuales la fantasía ensancha constantemente el ámbito real donde transcurren nuestras vidas, poniendo en él irrisaciones seductoras.

Este ámbito actúa como una especie de manaricial profundo que, surgiendo de la más entrañable intimidad, elastifica, riega y fecunda el territorio en que se diversifican los espacios reales hollados por nuestros pies. El hombre es esencialmente un «descubridor de mundos» y, más aún, un «constructor de universos», a tal punto, que su sentido de lo real depende, en gran parte, del conjunto de anhelos que pueblan su mente, procedentes de aquella trastierra mental de la imaginación y el ensueño, fontana inagotable de deseos que tienen en la vida humana un papel análogo al de las secreciones internas en nuestra existencia biológica.

Esta condición hace sumamente difícil el establecimiento de fronteras netas entre los distintos ámbitos. Sobre los conocidos y usuales operan siempre las tendencias a la amplificación y ensanchamiento, consubstanciales al hombre, que no en vano es un ser eminentemente insatisfecho ante los logros que en cada momento tiene a su disposición. Por eso, el problema de los confines, si resulta fácil en la Geografía real, especialmente después que los métodos topográficos y planimétricos han puesto a disposición de nuestro conocimiento del espacio geográfico las precisiones procedentes del espacio geométrico, hay siempre un influjo recíproco entre esta Geografía real y la que pudiéramos llamar Geografía fantástica o mítica, que sobreañade a los países conocidos y cartografiados las tierras incógnitas que emergen en las brumosas regiones del ensueño.

Horizonte existencial y Geografía.

Después de lo expuesto fácil es comprender las razones profundas a que ha obedecido siempre la inseguridad con que los mapas antiguos representaban el *ecúmeno*. Desde Mercator hasta Juan de la Cosa, incluso hasta cartografías mucho más recientes, entre el espacio verdaderamente conocido y la totalidad del globo existía siempre una especie de magma mental, inconcreto y fluido, en cuyo ámbito hundían sus adivinaciones los impulsos incontenibles de la Geografía mítica, consecuencia de la necesidad de ensueño y «más allá» a que antes aludimos. Al lado del mundo espacio-temporal, esencialmente cuantitativo, ha existido siempre un mundo mágico-mítico, esencialmente cualitativo, dice Eric Dardel, que en todas las épocas se ha alimentado con relatos de países lejanos, unos dotados de cierta realidad, como la «Gran Hondonada» de los primeros mapas sumerios, otros que sim-

bolizaban regiones desconocidas y, por ello, terroríficas, como el célebre «Mar Tenebroso» que se extendía más allá de las Columnas de Hércules en el universo mental de las imaginaciones medievales.

Ese universo mítico ha contribuido en todas las Edades a amplificar el horizonte real, ensanchando la Geografía del espacio tangible, gracias a los brotes incontenibles de la que pudiéramos llamar Geografía de la aventura y el descubrimiento. Desde la más remota Antigüedad viajeros y visionarios han verificado incesantes irrupciones en el *espacio mítico*, incorporando en muchas ocasiones a la Geografía real comarcas arrancadas a la tiniebla de lo desconocido. Hannon, Himilcon, Pyteas, Marco Polo, Colón, Livingstone, Scott, son algunos nombres de estos «ensanchadores del mundo».

Pero cuando las regiones robadas al misterio implican una ampliación considerable del espacio geográfico hasta entonces conocido, no cambia solamente el horizonte geográfico, sino que se trastornan las ideas y creencias de las gentes, inaugurándose nuevas etapas en la que podría denominarse historia de los sistemas cosmologicoexistentiales.

Creo que pueden establecerse tres grandes etapas en la evolución de estos sistemas originadas por otros tantos impulsos amplificadores. El primer cambio profundo tuvo lugar cuando los grandes imperios antiguos constituyeron unidades políticas de una extensión antes desusada. El Imperio persa, el de Alejandro Magno y el de Roma son ejemplos de este ensanchamiento del horizonte existencial de los hombres antes reducido a los módicos confines de la aldea o la tribu.

Este proceso de amplificación fue posible, y llegó a sus últimas consecuencias psicológicas, gracias a la tarea de «desencantamiento de la tierra» que verificó el cristianismo. Antes de él, el hombre se sentía íntimamente vinculado a la *Tellus Mater*, deidad adorada unas veces en cultos específicos y otras como fundida en las vivencias habituales. En este estado de indiferenciación entre el hombre y la «tierra madre», fuertes lazos telúricos ataban a aquél de modo inconsciente al suelo en que nacía, concebido como una gigantesca fuente creadora de vida. El cristianismo exorcizó la pululación de genios y divinidades chtrónicas, unas profundas, subterráneas, en relación directa con la muerte; otras, potencias procreadoras que actúan sin cesar en todos los nacimientos, todas las germinaciones, todas las reproducciones. A partir de entonces, el hombre se independizó de la tierra, concibiéndose como una criatura cuyo principio esencial no procedía de ella, sino del espíritu: imagen y hechura de Dios.

El segundo cambio se produjo a consecuencia de la conmoción originada por los descubrimientos del siglo xv. La mentalidad europea estaba habituada a concebir un Occidente recluso en sí mismo, que si hacia Levante confinaba con tierras mal conocidas o con regiones míticas, en dirección opuesta estaba limitado por las simas de terror en que abundaba el *Mar Tenebroso*, donde un personaje legendario, el preste Juan de las Indias, ejercía un poder despótico y cruel.

Cuando se descubrieron nuevas tierras situadas hacia Poniente, y después, cuando Magallanes y Elcano circunnavegan el globo, tuvo lugar un reajuste del horizonte existencial especialmente intenso, y mucho más si tenemos en cuenta los hallazgos astronómicos que Galileo realizó poco tiempo después. Al geocentrismo

sucede el heliocentrismo, mientras a una Tierra pequeña y plana sustituye una Tierra redonda, sin otro límite que el que establece la circunferencia descrita por un viajero que saliera de un lugar, y, caminando siempre en la misma dirección, llegase al mismo punto por la parte opuesta.

El tercer gran empujón renovador del horizonte existencial lo experimentamos ahora, en el momento en que el hombre, no contento con haber señoreado la Tierra, tanto en sus porciones habitadas como en los casquetes polares hostiles a la vida, se lanza a la conquista del espacio, deseoso de sumar a las experiencias terrestres las derivadas de poner su planta en otros astros, habitados o no. Es la *era espacial* que conducirá a la humanidad a reajustes mentales y existenciales cuyo perfil no podemos prever.

El espacio del niño.

Si pensamos con algún detenimiento en la marcha de las impresiones y conocimientos que el niño va atesorando en relación con el espacio, advertiremos un sentido y un ritmo análogos a los que han servido de cauce a la humanidad en las ampliaciones y rectificaciones de su horizonte existencial.

A falta de investigaciones concretas sobre esta materia (investigaciones que estimamos extraordinariamente interesantes), no tenemos más remedio que trazar brevemente un bosquejo de la evolución del niño en su «sentido» del espacio, basado en supuestos personales.

El niño tarda mucho en tener un *espacio conocido*; en nuestra opinión, hasta los seis años, por término medio, su espacio es simplemente un *espacio vivido*, es decir, un espacio existencial o experiencial, fuertemente vinculado a sensaciones e impresiones infantiles anteriores a la especie de desdoblamiento y necesidad de lejanía y expectación que es condición previa de la faena cognoscente, en la cual el ser humano se aparta de la realidad convirtiéndola en «objeto» de sus observaciones y reflexiones. Esto no quiere decir, como acaso pensaría una concepción enferma de intelectualismo, que antes de los seis años carezca el espacio de sentido para el niño. Por el contrario, creemos que en esta etapa augural, anterior al desdoblamiento que el conocimiento exige, es cuando, en la indiferenciación entre el *dentro* y el *fuera*, entre el *yo* y el *no-yo*, se fraguan los lineamientos radicales de la conciencia, que decidirán el sesgo y la significación de la vida.

De aquí la importancia que concedemos al primer espacio en que el niño surge a la luz y empieza a convivir: el hogar. Cuando en 1959 la Secretaría de los Congresos de la Familia Española nos encomendó la redacción de un trabajo sobre *La familia y la educación*, no dudamos en conceder especial atención a una faceta hasta ahora poco menos que ignorada: la influencia que la casa ejerce sobre el niño pequeño. Las dimensiones y configuración de la vivienda, progresivamente empequeñecidas hoy por efecto de una crisis económica y un fenómeno de urbanización de escala mundial, ejercen una influencia importantísima sobre las vivencias del niño pequeño, de signo opuesto a las que experimentaban sus antepasados en viviendas de dimensiones más humanas. De este modo, la distan-

cia existencial entre la vida rural y la vida urbana se dobla con la antítesis entre los horizontes existenciales anchos y el optimismo y sensación de seguridad emanados de configuraciones arquitectónicas amplias, tales como las que se dan en los pueblos, y la vida «celular» a que se ven constreñidos millones de niños en las «casas-colmenas» que apresuradamente erigen los Planes Oficiales de la Vivienda en todos los países que sufren el empuje económico y urbanístico originado por la industrialización.

Pero no podemos más que aludir aquí a un tema ingente, que exigiría extensas y repetidas meditaciones.

La primera amplificación del horizonte existencial del niño se opera cuando éste puede mantenerse en posición erecta y comienza a caminar por su pie. Entonces se inicia el difícil camino que lleva, en experiencias y ensayos múltiples, al «conocimiento del espacio», mediante su previa «posesión». Porque el niño pequeño está como «fundido con el espacio» y sólo empieza a conocerlo brumosamente cuando empieza a dominarlo mediante sus miembros y sus sentidos.

La siguiente etapa señala la iniciación del conocimiento propiamente dicho del espacio, y coincide con el ingreso en la escuela que se suma a los efectos vivenciales derivados de sus excursiones de juego y descubrimiento por los alrededores de su casa, hasta «descubrir» los confines de su pueblo o de su barrio. Desde allí en adelante irá la Tierra, como escenario de la aventura humana, ampliando cada vez más el radio del horizonte existencial e intelectual del niño, que va habituándose ya a situarse respecto de él como espectador que escudriña y comprende.

Conocimiento e imaginación.

Indicamos antes la coexistencia de una Geografía real (que hoy podemos denominar *científica*) y una Geografía imaginaria o mítica. También en el niño se da esta dualidad, sólo deplorable para la chata opinión de los positivistas rezagados. Al lado de las vivencias que nacen de la progresiva posesión del espacio, y al lado, también, de las ideas y conceptos que van surgiendo de esa experiencia y de las noticias sistematizadas que aporta la escuela, se da en el niño una *tendencia fantástica* que, en su conocimiento del mundo, viene a desempeñar un papel análogo al que representa la Geografía mágico-mítica en la evolución de los sistemas cosmologicoexistenciales de la humanidad.

El mundo del niño, se ha dicho, es el mundo del juego, al cual llamó Claparède el «paraíso del como sí». Koffka habló de la «ambivalencia esencial», es decir, de la vacilación con que los seres y las ideas se mecen en la mente infantil, en una cuna movida, al par, por la realidad y la fantasía. Un tosco trozo de madera puede ser un caballo ligero o una muñeca hermosa, cuando lo transfigura el apetito de irrealidad del niño pequeño, sin dejar de ser, por ello, trozo de madera, sólo que «poniendo entre paréntesis» su significación cotidiana para dejar paso a las nuevas y sugestivas acepciones con que lo inviste su imaginación.

Los cuentos, mitos y leyendas de todos los pueblos, tan cercanos siempre a la mente y al corazón de los

niños, nutren y estimulan, a la vez, ese poder «creador de nuevos mundos» en que consiste la fantasía. En ellos abundan los personajes ideales y los países idílicos, situados en un «más allá» de toda realidad espacial y geográfica.

Indicaciones didácticas fundamentales.

El objetivo de la enseñanza de la Geografía «consiste en dar a los niños el *sentido* geográfico», dicen L. R. y H. Nougier. Pero ¿en qué consiste el «sentido» geográfico? No basta con decir, como hacen estos autores, que el geógrafo es un visual, un analítico, un sintético, porque eso puede decirse casi de todos los estudios, cualquiera que sea su índole. Más cerca de la verdad estaría decir que la Geografía es una ciencia compleja, rica en matices, que exige la aplicación de numerosos recursos y dispositivos mentales.

Sin embargo, es posible que nos acerquemos más al núcleo de dificultades que buscamos al decir que, según puede deducirse de las páginas anteriores, en la Geografía confluyen y se combinan las dos direcciones fundamentales del alma humana: la del conocimiento de lo real y aquella otra que tiende, aparentemente, a su desfiguración y, en el fondo, a su enriquecimiento. Y es aquí donde se intrincan las dos direcciones principales de la metodología didáctica: la realista y la imaginativa, la que describe y la que poetiza. Pensamos que sólo el Maestro capaz de unir sabiamente ambas directrices, poniendo el acento sobre una de ellas según el asunto y la edad de los niños, para conceder neto predominio a la otra cuando las circunstancias lo aconsejen, puede realizar, en la medida humanamente posible, el ideal didáctico en materia de Geografía.

Es evidente que esta enseñanza, más que otra alguna, debe comenzar por el estudio de lo próximo. La casa, la escuela y el camino que las une integrará la primera etapa en el estudio de la Geografía, por el niño de seis a ocho años. La localidad (o el barrio, cuando se trate de una gran urbe) constituirá el escalón siguiente, en el que será necesario detenerse el tiempo suficiente para un conocimiento adecuado. Después, la nación, el continente, el mundo, el sistema solar...

Pero este método, aparentemente tan sencillo y tan lógico, tiene también sus cullos. Llega un momento, y no se hace esperar, en que la situación del lugar, el ciclo de las estaciones y las tareas humanas imponen referencias a realidades muy lejanas, de las que depende, no obstante, esa cosa tan concreta y a primera

vista tan fácil, que es, por ejemplo, la sucesión de días y noches y el ciclo anual de los climas. Será necesario, por ello, determinar el instante y el modo de introducir en las descripciones del espacio cotidiano realidades distantes.

Este es uno de los escollos esenciales en la didáctica de la Geografía en las escuelas primarias, cuyo desarrollo no cabe aquí. No obstante, un indicio para descubrirlo nos proporciona la ya aludida coexistencia en las vivencias del niño de los dos espacios: el real y el mítico. Este último apunta constantemente a un «más allá», que sólo se encuentra distante desde el punto de vista geométrico, pero no en un sentido existencial. ¿Por qué ha de ser menos real para el niño el sol que el edificio del Ayuntamiento de su pueblo? ¿No habrá una deformación de los hechos psicológicos, causada por el positivismo progresivo de la mentalidad adulta, al considerar que la proximidad o lejanía métrica imponen también una lejanía o una proximidad mentales, vivenciales?

Quede temblando aquí este interrogante, que estimamos puede dar lugar a reflexiones fecundas.

En todo caso, los métodos y los medios de enseñanza de la Geografía concederán el lugar debido a la realidad, a sus imágenes o representaciones y al impulso imaginario, especie de sonda intelectual mediante la cual el niño y el hombre horadan el misterio y se preparan para el entendimiento de realidades lejanas, situadas tras el módico horizonte que descubren los ojos de la cara.

De la vivencia y la experiencia a la consciencia, y de la imaginación, que pone en órbita a nuestro aparato mental hacia mundos situados más allá de todo lo observable, a un conocimiento, primero, quizá, adivinatorio y conjetural, después claro y riguroso, a medida que los aparatos y las técnicas conceptuales ponen a nuestra disposición y al nivel de la comprensión infantil medios de incorporar a nuestro sistema cosmologicoexistencial «nuevos mundos» y renovados universos.

BIBLIOGRAFIA SELECTIVA

- BACHELARD, GASTÓN: *La Poétique de l'espace*, Presses Universitaires de France, París, 1957, 214 págs.; DARDEL, ERIC: *L'homme et la terre*, Presses Universitaires de France, París, 1952, 133 págs.; FOURASTIÉ, JEAN: *La grande métamorphose du XX^e siècle*, Presses Universitaires de France, París, 1961, 223 págs.; GUSDORF, GEORGES: *Introduction aux Sciences Humaines*, Les Belles Lettres, París, 1960, 522 págs.; HEIDEGGER, MARTÍN: *Essais et conférences*, Gallimard, París, 1958, 349 págs.; MAÍLLO, ADOLFO: *Problemas de Ecología escolar*, C. E. D. O. D. E. P., Madrid, 1960, 139 págs.; NOUGIER, L. R. et H.: *L'enfant géographe*, Presses Universitaires de France, París, 1952, 131 págs.; TURNER, RALPH: *Las grandes culturas de la humanidad*, Fondo de Cultura Económica, México, 1948.

Después de un siglo de civilización maquinista, el hombre de los países industrializados busca el contacto con la naturaleza para encontrar de nuevo el sentido de la libertad, el sentido del equilibrio y de las actividades a la escala humana. Como en el viejo mito de Anteo, el hombre renueva sus fuerzas al contacto con la tierra. Este contacto, lejos de aparecer como retrógrado, corresponde a un retorno a los valores eternos que enriquecen al hombre. No es parte ni de romanticismo, ni de misticismo de la tierra; se trata de reconciliar la civilización urbana y la civilización rural, una civilización rural que conceda la debida importancia a la agricultura.